



Ideas y Valores

ISSN: 0120-0062

revideva_fchbog@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

Colombia

Barrero, Tomás

Reseña de "La teoría causal del significado en H. P. Grice" de Giraldo, John A.

Ideas y Valores, vol. 57, núm. 136, abril, 2008, pp. 173-176

Universidad Nacional de Colombia

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80913616>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

de acción (109). Una de las frases que destaca Boeri de este pasaje a favor de su argumento es la siguiente: “[e]ntre los [acontecimientos] que suceden según destino los opuestos no son imposibles de suceder, por lo cual, sin duda, aunque no sucedan, son igualmente posibles”. Haciendo eco de esta frase, Boeri concluye que los estoicos bien podían estar interesados en sostener que el hecho de que “todo sucede por destino” no impide que haya cursos alternativos de acción. Quizás, con Salles, dice Boeri, lo anterior no demuestra que “lo que depende de nosotros” implica la existencia de acciones alternativas, pero sí indica que los estoicos pudieron otorgarle un papel a cursos de acciones alternativas, y con él al hecho de que la atribución de responsabilidad tuviera algún sentido.

Hasta este último momento del debate entre Salles y Boeri, que empezó ya hace más de 10 años, bien podría parecerles, a quienes lo han seguido con atención, que ninguno de los dos tiene, por así decirlo, la última palabra sobre la forma como deben ser interpretados los textos de los estoicos. Una lectura de estos dos artículos sugiere, además, que ni Salles ni Boeri quisieran que hubiera solamente una manera de leer dichos textos, y con ello dar por terminado el debate. Por tanto, si, como yo creo, la discusión entre Salles y Boeri se centra en el sentido que los estoicos pudieron haberle dado al término “causa”, y en la posibilidad de incluir en este término también aquello que conocemos como causas internas, entonces el debate bien puede continuar.

ÁNGELA URIBE BOTERO
Universidad Nacional de Colombia
uribeb@unal.edu.co

Giraldo, John A. “La teoría causal del significado en H. P. Grice”, *Praxis Filosófica* (Universidad del Valle) 16 (2003): 99-128.

Lo primero que debo manifestar acerca del artículo del profesor Giraldo es que se trata de un escrito claro, coherente y cuidadoso, acerca de un tema tan sutil y discutido como la teoría del significado del filósofo inglés Herbert Paul Grice (1913-1988). También, que comparto buena parte de sus interpretaciones, tanto de la posición de Grice, como de las críticas que le formularon Strawson y Searle. Sin embargo, creo que hay algunos elementos muy importantes que han sido pasados por alto y que son fundamentales en la teoría griceana del significado más madura. En este escrito, necesariamente breve, me limitaré a dar las claves para comprender los problemas que el profesor Giraldo ha resaltado, y las (posibles) soluciones que podrían plantearse a partir de dos ideas: la de valor y la de causa final.

Muy esquemáticamente, la teoría inicial de Grice parte de reconocer que hay dos tipos de significado, uno natural y otro no-natural. El natural puede caracterizarse por rasgos como la necesidad del contenido (o proposición) expresado, la imposibilidad de un análisis en términos de intenciones de un hablante o la impropiedad de un argumento para mostrar qué fue lo que se quiso decir con la expresión usada, por ejemplo. El significado no-natural se caracteriza por rasgos como la necesidad de reconstrucción argumentativa de lo que se da a entender con una expresión, la inclusión de intenciones para explicitar lo que un hablante quiso decir con ella o la relación de contingencia lógica entre la expresión y la proposición expresada. Un caso muy común de significado natural es el que va de un hecho físico a otro hecho físico mediante un argumento causal (de las manchas al sarampión, por ejemplo), pero, como muy bien lo anota el profesor Giraldo (110), también el que conecta dos

hechos institucionales (el presupuesto anual aprobado y la valoración de este año como “difícil”, por ejemplo). Un ejemplo de significado no natural es el del conductor de un bus que hace sonar tres veces la bocina para indicar que el bus está lleno. Éste es el caso difícil y al que Grice le dedica mayor atención. En primer lugar, debemos incluir la intención del conductor de dar a entender a un determinado auditorio que el bus está lleno (ésta es la *intención comunicativa principal*); en segundo lugar, el conductor tiene la intención de que el auditorio sepa que el bus está lleno al reconocer que él tuvo la intención de dar a entender que el bus está lleno (ésta es una intención secundaria) y, por último, el conductor debe tener la intención de que la intención principal sea una de las razones por las que se produce en el auditorio la creencia de que el bus está lleno (ésta es la intención de cierre, la que concluye el análisis).

Sin embargo, uno puede construir un ejemplo (como el de Strawson en “Intención y convención en los actos de habla”) que muestre que las tres condiciones se satisfacen, pero el análisis no consigue dar cuenta del significado no-natural en cuestión, porque la situación requiere la introducción (posiblemente iterada) de otra condición: que el hablante debe intentar que el oyente reconozca la intención secundaria de lograr que reconozca su intención primaria. En otras palabras, el contraejemplo de Strawson está diseñado para mostrar que la teoría de Grice nos conduce a una serie de intenciones regresivas que no dan las condiciones suficientes para un caso de significado, y sólo consigue aproximaciones analíticas parciales. El remedio para bloquear este tipo de contraejemplos consiste, para Strawson, en introducir la referencia a algún tipo de convención o procedimiento convencional dentro de las condiciones para conseguir que el análisis sea, lógicamente hablando, suficiente.

Pero ésta no es la única dificultad con la teoría, puesto que se puede construir un argumento como el de Searle (en “Teoría de actos de habla”) para mostrar que, si uno usa una oración de un lenguaje, debe conocer su significado convencional, toda vez que el vehículo de comunicación de las intenciones en este caso es convencional. Así pues, la intención de querer decir algo en un lenguaje debe estar modelada en términos de las reglas de significado en ese lenguaje. Una segunda objeción de Searle parte de observar que la teoría de Grice confunde el campo de los actos ilocucionarios con los efectos perlocucionarios, al introducir una “intención de cierre” o reflexiva que puede ser dispensada en muchos casos de comunicación, es decir, que puede haber comunicación incluso si el hablante sólo busca en su audiencia efectos ilocucionarios, y no perlocucionarios, como parece aceptar Grice.

Éstos son los puntos problemáticos que señala el profesor Giraldo, quien concluye su artículo reseñando el análisis alternativo del significado de una oración en términos de Searle, en el cual se enfatiza el carácter convencional y reglado del lenguaje que debe manifestarse en la descripción de las intenciones comunicativas de sus usuarios.

Creo que vale la pena plantearse el reto de responder a estos problemas *desde* la teoría de Grice, y por ello me voy a remitir a uno de sus últimos trabajos publicados. Como lo reseña muy acertadamente el profesor Giraldo, Grice tuvo oportunidad de responder a sus críticos en “El significado y las intenciones del hablante” y, agrego yo, en “Utterer’s Meaning, Sentence-Meaning and Word-Meaning”, pero considero que la exposición más clara y definitiva de su teoría puede encontrarse en “Meaning Revisited”, en donde se introduce la noción de valor en la teoría del significado o, con más precisión, se muestra que la respuesta a muchas objeciones de la teoría original puede encontrarse en la idea de que el significado es un concepto valorativamente orientado.

Supóngase, con respecto a la primera objeción, que podemos construir una cadena de intenciones regresivas y concluir que el análisis original de Grice es, aunque correcto, *insuficiente*. Entonces deberíamos completarlo introduciendo un vínculo con algún tipo de convención lingüística, como lo hace Strawson. Sin embargo, no es ésta la única salida posible. En efecto, considérese la situación en la que hay una intención potencialmente regresiva en el análisis, ¿por qué deberíamos mantenerla y corregir sus posibles efectos nocivos mediante la referencia a algún tipo de procedimiento convencional? ¿No sería mejor eliminarla de tajo? Éste es el camino escogido por Grice: sólo puede entenderse qué es un caso de significado, si se toma un caso de significado genuino satisfactorio; si el caso inicial dista mucho del caso modelo, *no hay significado en absoluto*. El argumento diseñado por Strawson no mostraría la insuficiencia en el análisis del significado propuesto por Grice, sino la ausencia absoluta de un análisis del significado. Lo que debe concluirse es que el problema está en la aceptación de una intención potencialmente regresiva en un caso genuino de significado, porque una intención regresiva no se puede satisfacer lógicamente. Así pues, la eliminación de este tipo de intenciones permite responder las objeciones, pero sólo la estructura conceptual del significado explica por qué debemos eliminarlas (Grice *Loc.cit.* 302-303).

Con respecto a una posición como la de Searle, Grice manifiesta en el mismo trabajo que la referencia a reglas lingüísticas no es fundamental, porque la convención es sólo una forma en la que el significado de una palabra u oración puede fijarse (*id.* 298-299). No creo estar exagerando al decir que su teoría causal del significado se basa, precisamente, en la idea de que el significado no está conectado necesaria o conceptualmente con la convención. Pero no basta con

enunciar este punto de vista dogmáticamente; es necesario justificarlo. La forma de justificación que Grice escoge es, sin duda, una de las más sofisticadas: el lenguaje es un sistema de acciones coordinadas en virtud de unos fines generales que los hablantes aceptan como seres racionales que son. Allí donde se presentan contraejemplos como los de Searle, Grice muestra cómo podría obtenerse un argumento por parte del oyente en términos del Principio de Cooperación Conversacional y sus máximas, que le permitiera partir de lo que el hablante *dijo* y llegar a lo que el hablante *dio a entender*. El usuario de un lenguaje es un razonador que puede establecer, mediante argumento y uso de información contextual, qué quiso decir otro usuario y, a su vez, dar a entender sus propios pensamientos, como lo muestra Grice en “Lógica y conversación”, “Indicative Conditionals” y otros trabajos del mismo estilo. La comprensión del significado depende, entonces, de un argumento con una fuerte carga teleológica, lo que me parece indicar que el sentido de “causal”, en el que esta teoría del significado es causal, es el de la causa final, y no, como lo señala muy acertadamente el profesor Giraldo (117), en el de otro tipo de causa (por ejemplo, eficiente), por lo que la pregunta por el significado de una oración está conceptualmente conectada con la pregunta por el fin u objetivo del proceso de comunicación como intercambio racional. Según Grice, recurrir a reglas lingüísticas oscurece el reconocimiento de este conjunto de hechos; hechos muy profundos sobre el lenguaje, la comunicación y el pensamiento humanos.

No creo, con todo, haber agotado la posibilidad de réplica y contrarréplica con mis observaciones porque, por supuesto, no podemos esperar un acuerdo absoluto con respecto a temas filosóficos tan centrales y sujetos a discusión. Como lo señala el profesor Giraldo en un trecho de su artículo que comparto punto por punto: “[q]uiero

reiterar que en modo alguno la explicación del significado es una tarea concluida: el ingente trabajo crítico [...] desarrollado en torno a ella obliga a constantes precisiones, pero al tiempo muestra, cada vez con mayor claridad, el alto grado de complejidad que ofrece el fenómeno del lenguaje para su estudio” (127).

TOMÁS BARRERO
Universidad Nacional de Colombia
tbarrero@unal.edu.co

Sanfélix Vidarte, Vicente. “Un alma enferma. La experiencia religiosa de Wittgenstein a la luz de las *Variedades de la experiencia religiosa* de William James”, *Diánoia* 52 (2007): 67-96.

El artículo del profesor Vicente Sanfélix Vidarte, publicado recientemente en la revista *Diánoia*, me impresionó positivamente por sacar a la luz una gran cantidad de paralelos, que para mí habían pasado desapercibidos hasta el momento, entre la obra de William James y la vida de lo que se ha llamado el primer Wittgenstein. Estrictamente hablando, es un artículo de carácter biográfico y no filosófico y, a este respecto, bastante bien documentado (aunque esto habré de matizarlo al final).

A pesar de ello, el artículo tiene un problema sustancial: su unilateralidad. Al profesor Sanfélix le ha faltado equilibrar su afán de acercar a James y a Wittgenstein, con un mayor sentido crítico respecto a las distancias entre ellos. De esto hay varios ejemplos en el texto. Por cuestiones de espacio, sólo mencionaré dos.

Sanfélix quiere sostener, a mi modo de ver equivocadamente, que la influencia de James fue la más original en el pensamiento y la experiencia religiosa de Wittgenstein,

en contraste con otras figuras, como Tolstoi o Kierkegaard (70). Ciertamente, los paralelos que el profesor español dibuja a lo largo de su texto revelan que la influencia de James en Wittgenstein es más profunda de lo que en general se ha pensado. Pero esto no resulta suficiente para darle el lugar prominente que Sanfélix le quiere dar a James, entre otras razones, porque la mayoría de pensadores que influyeron en la vida espiritual de Wittgenstein configuran una constelación de ideas que se sobreponen y, por lo tanto, paralelos semejantes se pueden establecer también con estos últimos. Sanfélix, sin embargo, no se apoya en estos paralelos para alegar la importancia de la influencia de James en Wittgenstein, sino que la establece, al abrir su trabajo, basándose en una carta que Bertrand Russell le escribió a Lady Ottoline en la que se lee: “[t]odo [el misticismo de Wittgenstein] empezó con *Las variedades de la experiencia religiosa* de William James, y fue en aumento” (70). El argumento de Sanfélix ofrece dos importantes dificultades. Primero: que “todo haya empezado con James”, como dice Russell, no implica, como sostiene Sanfélix, que James sea la influencia más original, ni la más importante. Incluso si aceptamos que ha sido James quien primero le mostró a Wittgenstein cierta perspectiva religiosa, esto no implica que el austriaco no haya encontrado versiones más atractivas e influyentes en otros pensadores. Segundo: Sanfélix dice que no conoce razones poderosas para dudar del testimonio de Russell. Sin embargo, es fácil ver que sí las hay. De un lado, Russell no era un amigo íntimo de Wittgenstein, y nunca logró comprender muy bien su faceta espiritual. Del otro, cuando Russell escribe dicha carta, llevaba varios años sin ver a Wittgenstein (más aún, prácticamente sin escuchar de él), y no parece muy sólido pensar que una reunión de una